

renti). También se estudian en este apartado algunos bronceos arcaicos (P. Fortini) y los monumentos funerarios romanos del Valle di Comino (G. R. Bellini), el pecio romano de la isla de Ponza (S. Bertuzzi) y los nuevos documentos de archivo descubiertos en relación a la excavación de la tumba Bernardini de Praeneste (A. Emiliozzi).

El panorama arqueológico de la Sabina es puesto de manifiesto a través de los artículos de A. Guidi sobre Cures Sabini, de E. M. Menotti sobre las termas de Cotilia en Cittaducale, del mismo E. M. Menotti y otros sobre las prospecciones realizadas en la Piazza di S. Rufo de Rieti y de los estudios de P. Santoro y A. Morandi sobre Magliano Sabina.

Desde hace algunos años, grupos interdisciplinares de la *Soprintendenza di Roma* y otros organismos han rastreado el territorio lacial para localizar yacimientos prehistóricos. En la sección dedicada a la Prehistoria se da cuenta de algunos de estos yacimientos por parte de A. Bietti, I. Damiani, E. Segre y otros investigadores.

La parte correspondiente a la arqueología de campo se cierra con el apartado centrado en la Edad Media. Objeto de estudio son algunas zonas de Roma (G. Maetze y P. Brandizzi), el territorio de Farfa (M. G. Fiore y G. Barker y otros), la fortaleza de Julio II en Ostia (U. Broccoli y otros) y Monte d'Argento (P. Torre).

En el capítulo dedicado a Restauración y Museística se estudian los materiales de diferentes museos romanos (A. M. Reggiani y A. M. Carruba), se da un repaso a las labores de restauración emprendidas últimamente en Ostia (V. Mannucci y M. Bedello Tata) y se expone el lamentable estado de la villa de Nerón en Ancio, muy necesitada de una rápida intervención de los técnicos en consolidación para evitar su pérdida (S. Gizzi). La última comunicación, un informe sobre el proyecto de confección de un plano arqueológico del Lacio, es independiente de los demás en el sentido de que se ha incluido en este apartado a modo de epílogo de todo el *Quaderno*.

En conclusión, la obra responde de sobra al objetivo con que se inició su proyecto hace ya más de diez años, es decir, dar a los especialistas una información comentada de las últimas investigaciones arqueológicas que se están llevando a cabo en territorio lacial, por lo que la valoración final de la misma es francamente positiva. Nuestras felicitaciones, por tanto, a los organizadores por la publicación de este nuevo volumen de *Archeologia Laziale*.

EUDALDO ARANDA FERNÁNDEZ-CAÑADAS

M. BAISTROCCHI, *Arcana Urbis. Considerazioni su alcuni rituali arcaici di Roma*, Genova, ECIg, 1987. 342 pp.

El autor del presente libro es una destacada figura de la diplomacia italiana, carrera en la que ha desempeñado el cargo de cónsul general en Madrid en los últimos años; gracias a sus decisivas gestiones, debemos la realización de las excavaciones españolas en el monte Testaccio (Roma) comenzadas en el otoño de 1989.

Sin embargo, M. Baistrocchi ha ido dándose a conocer también por sus estudios de las religiones antiguas, colaborando en varias revistas y publicando obras sobre el simbolismo astronómico en la India (*Les portes du ciel: deva-yana et pitr-yana*) y en Egipto (*Aspects de géographie sacrée: l'orientation solstittiale et équinoxiale dans l'ancienne Egypte*).

Como otros muchos estudiosos, Baistrocchi parece haber hallado en la religión ro-

mana el mejor campo donde desarrollar sus ideas (muy pronto publicará otro estudio, prolongación de éste, titulado *Arcana Urbis II: Alcuni riti circumambulatori romani*).

*Arcana Urbis* consta de cinco partes: I: Prodrumi mitici dell'Urbe: la schiatta eroica; II: Contributi alla preistoria del Lazio: etnie leggendarie dei primordi; III: Archetipi rituali e simbolici: le strutture; IV: Ceremonie magiche private e riti teurgici pubblici difensivi ed offensivi dell'urbe; V: Le difese magiche dell'urbe.

El autor expone en su Introducción una premisa esencial en torno a la cual se articula el libro. Para él toda la historiografía —desde la greco-latina hasta la más moderna— presenta la civilización romana privada de aspectos originarios antes de las aportaciones etruscas y griegas y, al mismo tiempo, «huérfana de parentescos mítico-rituales con otras familias indoeuropeas». De esta historiografía —a la que califica de «tendenciosa» y llena de «prejuicios» de todo tipo— sólo excluye la obra de G. Dumézil y de M. Eliade, «que ha permitido, mediante un constante acercamiento a los demás sistemas religiosos, sobre todo indoeuropeos, comprender el significado originario de tantas arcaicas y petrificadas estructuras mítico-rituales romanas y la singular espiritualidad que la permeaba y la vivificaba» (pág. 8).

El objetivo de esta obra entronca —desde mi punto de vista— con la búsqueda por parte de la historiografía occidental de comienzos del siglo XX, de los *origenes* de la religión, lo que el propio Eliade llamó *l'obsession des origines*. Entre los autores que destacaron en la investigación de lo «primordial» o de lo «original» figuran Max Müller, A. Lang o W. Schmidt. Las teorías preanímistas de aquella época pretendían haber descubierto el *commencement absolu* de la religión. Frente a ellas, la Historia de las Religiones ha renunciado a alcanzar el «origen» de la religión; el método usado por esta disciplina supone, ante todo, que cualquier fenómeno religioso está condicionado por factores sociales, económicos, psicológicos y, desde luego, históricos; no podremos captar lo sagrado más que a través de las manifestaciones que están siempre históricamente condicionadas. Alcanzar, pues, una fase cronológica de la religión o del pensamiento religioso romano anterior a las aportaciones etruscas utilizando fuentes históricas griegas y latinas —que, como la Eneida, en su mayor parte pertenecen a los comienzos del Imperio— es, cuando menos, una labor delicada. Muchos de los ejemplos de la teoría trifuncional expuestos por Dumézil no responden a ella; las tres funciones que el sabio francés cree reconocer en la Eneida son reflejo, como advirtió Momigliano, del encuentro entre las culturas de Roma, Grecia y Etruria.

Aferrarse precisamente a las teorías de Dumézil y presentarle como excepción a una historiografía tendenciosa puede ser imprudente, especialmente cuando cada vez de forma más contundente se alzan críticas —como las del citado Momigliano o algunas vertidas en el *Colloque international «Eliade-Dumézil»* (Luxemburgo, abril 1988)— contra determinados aspectos de su obra.

Siguiendo sus pasos, nuestro autor se vale también del método comparativo. Debemos reconocer —y es aquí donde Baistrocchi cuenta con sus argumentos más sólidos— que dicho método no ha llegado todavía a generalizarse y que el estudio de una religión suele efectuarse con demasiada frecuencia en el marco del estudio de cada civilización. Ciertamente, una vez determinados y examinados en su diversidad y particularidad, hechos y sistemas religiosos exigen ser confrontados entre sí, comparados, «buscando así —como escribe Puech— descubrir la acción que hayan podido ejercer los unos sobre los otros, intentando separar aquellos rasgos, elementos, temas o disposiciones particulares, análogos o comunes».

En la aplicación de este método, Baistrocchi es considerablemente prudente y sólo

en casos muy determinados podría decirse que la comparación es inapropiada o demasiado atrevida. Debe recordarse que, si bien es necesario comparar entre mundos y complejos religiosos, no es, sin embargo, lícito hacerlo entre fenómenos singulares o entre cosas que sólo tienen una identidad aparente.

El autor maneja, además, con soltura las lenguas clásicas (como se advierte en el abundante aparato crítico de la obra) y conoce una bibliografía que podríamos calificar de esencial o tradicional. Se echan en falta algunos títulos recientes que probablemente Baistrocchi no desconoce, sino que prefiere ignorar o no citar, lo cual no debe escandalizar si tenemos presente que, por ejemplo, D. Sabbatucci se ha negado a incorporar en su reciente libro *La Religione di Roma antica dal calendario all'ordine cosmico* las aportaciones de la bibliografía publicada sobre el calendario romano en el último medio siglo.

*Arcana Urbis* no es, pues, una obra exenta de polémica; incluso es posible que su autor haya deseado —como buen italiano— provocarla. Pero no cabe duda que muchos de sus planteamientos y sobre todo de sus conclusiones son de gran valor e interés, particularmente cuantas se establecen en sus dos últimos capítulos sobre los ritos defensivos y ofensivos de la Urbe.

SANTIAGO MONTERO

L. ZUSI, *L'eta mariano-sillana in Giovanni Antiocheno*, Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 1989, 148 pp.

Puede afirmarse que la obra de Juan Antioqueno (IOANN.ANT.) es bastante desconocida, en parte, y justificadamente, por la escasez de noticias acerca de su persona y por la forma fragmentaria en que nos ha llegado su obra a través de numerosos *excerpta*. Además de un absoluto anonimato en las historias de la literatura griegas al uso (crf. A. Leski, 1963), apenas ha merecido, antes de los trabajos de L. Zusi, una decena de trabajos específicos (Koecher, 1871; Boissevain, *Hermes* XXII, 1887, 161-178; De Boor, *Hermes* XX, 1885, 321-330; *ibid.* XXXIV, 1899, 298-304; Patzig, *Byz.Z.* X, 1901, 40-52- *ibid.* XIII, 1904, 13-50), que, además de ser antiguos, están centrados en aspectos paleográficos y filológicos. A estas referencias cabría añadir las de Capozza (*Historia* XXVI, 1977, 375-414) y Di Maio (*Byzantion* L, 1980, 158-185), más en sintonía con los anteriores trabajos de Zusi (especialmente: «Roma arcaica nella tradizione bizantina», *CS*, 1978, 1-43; «Romolo in Giovanni Antiocheno», *AIV*, 1978-79, 285-309, y «L'eta regia post-romulea in Giovanni Antiocheno», *ibid.*, 1979-80, 435-452), trabajos que, junto al libro que reseñamos, convierten a Zusi en el verdadero artífice del rescate historiográfico de Juan Antioqueno.

La época mariano-silana, título y referencia histórica del contenido, es el eje del libro, pero no tanto como objeto principal de la investigación, sino como soporte documental de un objeto de carácter historiográfico, es decir, no se pretende profundizar en los acontecimientos habidos entre los años 105 al 83 a.C., sino estudiar las tradiciones que confluyen en el *logos* IV de la *Crónica*, su valor histórico, su método de trabajo y en qué medidas y con qué criterio Juan Antioqueno retoma la tradición de Eutropio; de modo que estos dos autores son el auténtico eje sobre el que se vertebra el discurso histórico-historiográfico de Zusi, tal como él mismo enuncia (pp. 16-17).